

Odio

Pareciera un oasis de vocación en mitad de un desierto de crisis de fe. La ordenación sacerdotal de cuatro diáconos coincidió con los enfrentamientos armados en esa estrecha franja de tierra situada en el Oriente Próximo, de la que cincuenta y un kilómetros lindaban con el suroeste de Israel y otros once lo hacían con el noreste de la península del Sinaí: La Franja de Gaza. La tercera entidad política más densamente poblada contrastaba con el espacio, silencio, y refugio del seminario de Villaciruela, sito en una capital de provincia manchega en donde crecer en familia pobre nunca fue fácil. Ni lo de tener amigos con quien compartir los secretos. O cuando se descubría el dolor siendo aún muy niño y no había otra que hacerse adulto precozmente.

“Desbordantes, inteligentes y sensibles” eran los calificativos. También “ilusión y esperanza”. Miguel, Martín, Pascual y Ángel entregarían su vida a Dios y a los hermanos después de muchos años de preparación y una última semana de ejercicios espirituales en el convento de las hermanas Clarisas de Villarrubia de los Ojos. No obstante, el obispo José Mauro los quiso sumergir en una trama de amor, intriga y tragedia antes de procurarles la ordenación. Del mismo modo en la patria, agonía y deber del rocambolesco ejercicio del saber practicar el ejercicio de la confesión, norma obligada para todos los residentes en Villaciruela. Los martes. Sin excepción. Allí, en la catedral, esperarían para siempre Melgar y Sempere. En el alma oscura de la ciudad y su armonía intemporal. Donde una basílica en nada esplendorosa, ni modernista, tampoco de aquellas de las tinieblas de la posguerra española y los niños con los pijamas de rayas, jamás volvería a gritar el amor a Dios desde

ese cetro del mundo. Es más, aquella mañana, la catedral despertó llorando. Trastocados los sentidos por la exitosa obediencia de alguien que la hizo caer, borrándole al templo las fronteras entre la vida y la muerte para siempre. Mil soles espléndidos cayeron de repente a su propio suelo. Los que llevaban sin llover en esa ciudad y lugar con tal pasión arrebatadora que no cogieron a ninguna beata ni a ningún transeúnte o barrendero despistado. Murieron Melgar y Sempere. Dos amigos inseparables para muchos. Capellanes de los de antes; sacerdotes de los que estaban siempre dispuestos para mostrar consuelo llevando la esperanza de Dios al mundo. Y escombros, muchos.

Justo a tiempo salió la mujer que llevaba amamantando a su marido desde hacía unos años. La lactancia materna también era un tema peliagudo. Máxime en tal lugar, que siendo una capital de provincias distaba mucho más que los doscientos kilómetros reales de las grandes urbes como Madrid, u otras metrópolis donde la mercadotecnia se abría paso, así como la diversidad cultural. Griselda bien que lo sabía, y sufría. La pianista migrante en su día se vio obligada a afincarse en Villaciruela buscando mejorar su carrera musical y repertorio y que no la vieran como alguien exuberante contradiciendo su musicalidad por aquello de la imagen y la apariencia, que también por otros motivos más terrenales. Desde la meseta podía recalar en Madrid y ser la diva que todos esperaban que fuera, demostrando sus inquietudes a falta de orden programático, imantando a los espectadores.

Otra que en un santiamén vio caer el edificio catedralicio desde su ático, muy céntrico, en un día de pocas o ningunas estampas provocativas. Su vecina, la que había comprado un cuadro polvoriento por mucho menos de su

valor y que descubrió a la postre que era una obra de arte valorada en varios cientos de miles se unió a ella aprisa tras tocarle el timbre y llamarla a voces.

La vida de Florentina tras doce años como monja de clausura fue otra de las que cambió radicalmente. Ni ella, ni el mar, ni el cielo ni quien la llevó allí lloró tanto de alegría como en ese amanecer. Las luchas de poder siempre fueron constantes en los conventos, por mucho que pasasen de largo los años y las vidas. Se estuvo prostituyendo y casi que no llegó a ser consciente de ello, la que fue una adolescente ingeniosa y sarcástica, pasando a ser arrebatadora, inteligente, hermosa y popular para los inseparables amigos Sempere y Melgar (de cabello engominado, con una frente amplia, con entradas). Los que nunca se abandonarían, conocedores de esa mezcla de internado victoriano y de colegio mayor de los años Sesenta llamados seminarios, del todo estériles sin una referencia espiritual ni hijos de Dios con los que llenarlos. Las cenizas relatarían infancias y juventudes, también pobreza, semanas después de caer su catedral bajo la misma estrella.

De los cuatro futuros diáconos, dos se dejaron atrás los zapatos al salir corriendo, y otro apenas sería capaz de recordar que iba a ser padre ni la amplia gama de emociones desde que ingresó como adolescente para darse a la expiación y al credo. De hecho, su madre se encerró en su domicilio con migrañas y jamás volvió a salir, aupada por un importante funcionario y la hija menor de ese, aguzando el oído y percibiendo sutiles notas discordantes, como otros convecinos sin la apacible elegancia de un edificio tan emblemático en su manzana, ferozmente bombardeada y empapada por las tuberías de fibrocemento rotas manando mística y pordioseramente a raudales llegando

incluso a ensuciar la ropa interior de algún tendadero de quinceañera nínfula, doncella en casa de sus tíos.

Villaciruela, como tantos otros pueblos y ciudades, nacía arquitectónica y urbanamente de su ayuntamiento y edificio catedralicio, desde donde partían los principales viales y calles que recorrían los armaos. Cofradía que desfiló ante las ruinas de esa iglesia, y no solo ante el Papa en el mismísimo Vaticano. Soldados romanos que realizaban las espectaculares figuras del Caracol y la Estrella delante del Santo Pontífice y en la misma ruindad catedralicia. Armaos llegados del vecino pueblo de Bolaños, siempre en desarrollo, punta de lanza de la Ruta de la Pasión calatrava. Soldados que enarbolaban la lucidez del superviviente, procesionando con una impronta sinigual cada vez que se les precisaba.

Los girasoles de las afueras de Villaciruela se quedaron ciegos por un par de días y poco más remontaron hasta el final de la cosecha, apenas siendo biodiversidad. En voz baja, y como si nadie les quisiera contar cuentos, sutilmente engarzados entre sí, formando por igual se les mirase desde donde se les mirase, ellos y los tiempos del silencio, también perfilando la derrota.

Un capitán del ejército quiso matar a todo lo que se moviese. Más un sacerdote riguroso le invitó a renunciar a ganar esa guerra. Vivir de la impostura en el breve plazo de unos meses fue la pena para ese apostólico retirado, porque en su aquiescencia necesitaba de otras estadísticas, aunque ya era hora de que los ciudadanos empezasen a recordar lo que sabían. Niñas adoptadas incluidas. Florentina igualmente ayudó a ese capitán:

-Quiero defender esa vida de rutinas, y defender mi intimidad. Extraño parte de mi infancia cuando mis únicas preocupaciones fueron caminar sin pisar las rayas, y colorear los dibujos.

Espetarle eso, y en la cantina, a su mismo padre era soñar de otro modo y abrirse a los sentidos del tiempo. Siguió un silencio tan largo que casi se hizo incómodo respirar para la abigarrada en tonos ocres y pardos, otrora época.

Desayunaron juntos, pero no en un sitio amplio, diáfano y luminoso sino en un edificio para ambos conocido, o lo que iba quedando de esa construcción de la calle Pedrera Baja, en la cantina, sobre lo que fue una barrica de vino en nada sofisticada, acostumbrada a ese pudor tan hispano y a las vergüenzas de las miradas. De los pocos sitios de Villaciruela, y provincia, donde había ordenadores y se permitía su uso, y no solo ojos fijos a la entrada de esa Casa Cuartel y su "Todo por la Patria", pero con la misma virgen protegiéndoles a la entrada, en su altarcillo, sondeando desde su escueta cúpula de cristal, brillando con luces de todos los colores por una misma causa, disciplinada como los restantes uniformados. Tanto para ella, Florentina, la que fue monja, como para el capitán y demás guardiaciviles y paisanos, bajar la cabeza a su paso fue siempre un hábito, honrando e integrándose. También estaba el hecho de que se criaron allí, en unos de esos pisitos, que aún iban habitando algunos, mayormente dedicados a oficinas por donde procurar cortinas de humo y encriptaciones varias. Para la Benemérita ninguna costumbre sobraba. Y quizás fuera mejor así.

Haber quedado en la cafetería de un hotel hubiera sido demasiado lujo, y no hubiera podido sentarse Florentina con los puños cerrados, lista para pelear con su padre. El padre, que también capitán retirado, hizo de estatua,

conteniendo esos movimientos tensos e irregulares en las mismas entrañas de esa barriada y Casa Cuartel, habiéndose encontrado a su hija vestida con falda de seda, blusa, bragas, reloj de pulsera y sandalias. Se dio cuenta de que no llevaba sostén, y lo calló repetidamente. La camarera, una inmigrante, fingió alejarse de ese lugar y tonel sabiamente y evitó que le gruñera el anciano capitán. Varios guardias los vieron e hicieron el gesto de asentimiento y respeto con la cabeza, sin molestarlos. Después de todo, mejor tomarse algo caliente sin mayores reparos. Si bien, el lenguaje corporal de los guardiaciviles (la proximidad de sus manos a sus armas, los espacios entre ellos) y las irregularidades de la construcción y los charcos de aceite de motor en el pavimento de la entrada presagiaron lo peor. Cada detalle les resultó incómodo y prometedor. La alternativa no fue otra que comer y beber, siendo la glotonería la principal recreación de uno que no estaba de servicio. Pero veintiséis, no uno, veintiséis guardias estuvieron muy pendientes de esa familia venida a menos, ella tan habladora como una cacatúa desde que dejó los votos. Él, siempre de extrañar. Con su coche perfectamente aparcado y limpio donde siempre; así como el acabado de su cutis, afeitado a la misma hora y minuto de cada día; la vestimenta intachablemente abotonada; y el gesto de rigor insuperable. Un capitán de los de antes, cabal y cumplidor, tomando café en vaso y no bebidas energéticas. Tampoco es que la cantina tuviera tazas de diseño. Sus pestañas en el mismo tono que los cabellos de un conejo de pelaje gris. Y la misma moneda de su bolsillo derecho de la que tirar subrepticamente si había que apostar a ganador. Exactamente la misma que detestaba su hija, la que una vez le sintió agarrándola por los tobillos por encima de una barandilla en presencia de su esposa. Difunta, esta última, tras un largo

matrimonio y la rudimentaria y reglada vida que llevaron. Cambiada por la funda de cuero de los palos de golf con sus iniciales grabadas, y el nudo remordimiento en el estómago por no haberla llevado jamás de crucero, compartiendo camarote y unos días de asueto más allá de lo militar. Sin ser capaz de apoyar la cabeza en su parte de la almohada, respetándole su lado de la cama, exactamente las seis horas que se tumbaba, con el mismo despertador de siempre (al que había que darle cuerda cada noche), ahogados de cansancio antes de los amaneceres, como en los días de gloria, obstinado, orgulloso y sufriendo la lenta atenuación de la vida, esforzándose por mantenerle la misma cara de siempre a su hija, ocultándole los calambres musculares y el entumecimiento de las piernas, tanto como el cosquilleo de los dedos.

-Tendía a cocinar demasiado las aves, especialmente el pollo.

El padre recordaba a su mujer al ver a su hija, y se lo echaba en cara; cualquier cosa, como alegar a la cocina de su esposa e hija con tal de evitar que se le notase que necesitaba tomar aire y recuperar el resuello.

La crema hidratante facial de ella apenas pudo contenerse. Evidentemente él se negó a dejarse invitar. Que una mujer lo pretendiera le ponía los labios en carne viva, peor que la sal, y se le hinchaban los ojos y la lengua. Ojos miopes y de hurón, casi que de animal apaleado. Suerte que lo conocía. Florentina llevó las preguntas impresas en fichas con fotos anexadas, igual que en los interrogatorios. De un modo, sobre los diáconos. De otro, la pelirroja abrió el azar a la multitud. Cosa que hizo cuando revisó su maquillaje, escaso, pero el necesario para una mujer y sargento también de raza.

-Que Dios nos libre de los inocentes y los buenos -replicó él tras la tercera muestra-. A veces estamos tan presentes que nos volvemos invisibles.

Feliz, ella se encogió de hombros en esa especie de libertad bajo fianza que su padre le había permitido. Su cuerpo podía contener todo el sufrimiento del mundo. Aunaba juventud, esperanza y seriedad, algo menos sólido que la vejez y la desesperación. Por ello necesitaba a su padre, al capitán. Y eso que en la academia había aprendido a dar las malas noticias como debían darse. La monja graduada brillantemente, tiempo atrás. La de los labios pintados.

Eso fue el café: una larga reflexión íntima de alguien que debía alterar el curso entero de su vida, si es que no había sido suficiente pasar de monja a sargento, escribiendo lo que veía y sentía cada noche en su diario, muy correcta cuando interrogaba. En tiempos donde se vivía con ceguera mental, o debían. Formando parte de un proyecto mayor.

Desde una estancia más arriba, con una amplia sonrisa y perfectamente seguros de sí mismos, otros mandos acompañados de un vasto perro negro establecían hechos o expresaban la ira en susurros con total dificultad, habiendo nombres que siempre se decían en clave, que era el Cuerpo Armado quien regía la investigación. Al tiempo, otros, desdichadamente, desearían que tuvieran mala praxis porque habría más catedrales que colapsar, tantas como días de los que despertar. Con los médicos y sanitarios demasiado ocupados en hacer previsiones, cuando no simulacros, sabedores que tarde o temprano habría más muertos y gentes a las que tratar, decididos a pensar en voz alta con tanta prolijidad los medios de comunicación.

Los que seguían en la cantina también cavilaron lo suyo.

-Uno elije el momento de la experiencia desde el cual mira hacia atrás o hacia adelante. Dios envía la carne y el diablo envía los cocineros, hija.

Quedársele mirando fue de tontas.

-Hazlo o no lo hagas. No lo intentes -le insistió ese padre y capitán, contrayéndosele las pupilas a la otra-. La gente feliz y cabal no fantasea. Los políticos van a lo suyo. Ni piensan ni se ocupan de la cosa común.

Florentina debía datar el amor, la rabia, el odio, el miedo, las pistas. Y sin olvidar que no podía verse a sí misma. Sin embargo, en la Casa Cuartel, nada era tan común como el deseo de ser notable y que dejaran hacer. Las más amargas lágrimas habían derramado sobre la tumba y piedra de su madre cuando le asignaron la investigación, mediocre y humana. Al final, era la vida en sus años la que contaba y no los años en su vida. Una mujer que siempre había tenido que luchar por evitar ser aplastada, ya fuera en la adolescencia de ese Cuartel y no otro, en la vicaría, o ya con el uniforme de quita y pon y su secreto a voces. Otras cosas podían cambiar, pero empezó y terminaría siendo hija de su padre, y así seguiría, no descansando el apellido del mismo sobre un hijo sino sobre una mujer, y le tocaba a ella. Justo ese que solo empleaba palabras para disfrazar sus pensamientos, en un tiempo de falsedad universal.

-¿Cómo se puede servir a Dios en un mundo inmoral? -se atrevió a decir ella, preguntándolo y afirmándolo, varada en esa vieja estructura del barril.

-No es posible querer a la humanidad, sólo se quiere a las personas -respondió como padre-. Estamos en la sociedad del apaño.

Ello provocó simpatía y comprensión, que no contención.

-Señor, a veces me pregunto ¿por qué los hombres no saben amar? ¿y qué sería de nosotros si no existiera el perdón? -dijo metiendo las fotos/fichas

en un sobre, como hija, añadiendo-. Puede que un hombre y una mujer estén más cerca el uno del otro cuando no viven juntos y cuando simplemente saben que existen y que están agradecidos por existir y por saber el uno del otro. Y sólo con eso les basta para ser felices.

-Mientras uno sufre, uno vive -sentenció el anciano. Un hombre que mantuvo su carácter incluso cuando le tildaron de loco en una investigación-. No sé nada, lo sé; pero completo mi nada con un poco de todo.

Una que fue ayudante suya salió destrozada al verle y cotejar la mirada despectiva que le dedicó al contemplarla en chándal, evitando a toda costa decir su apodo, su apellido o su rango. Aun así, segundos después ella dejó de sentir cómo ese le miró con ojos que hacían daño porque desde el momento en el que empezó su formación siempre lo tuvo como referencia, no existiendo tecnología que pudiera suplir la calidez de un abrazo y el suspiro de una voz cercana. O sus confesiones.

-Las cosas llegan a su fin y se acaban -expresó él -creo que no tengo que dar más detalles, porque eso es para nosotros -informó a su hija, que se percató debidamente de uno y otro.

-Es imposible ir por la vida sin confiar en nadie. Padre. Todos somos aburridos para alguien; eso no tiene importancia. Lo que hay que evitar es ser aburrido para uno mismo.

-Si hubiera seguido mis instrucciones al pie de la letra no tendría la tortura de una mala conciencia. Hija. Ten cuidado con el vacío de una vida muy ocupada. Todos quieren estar en la cima, donde no hay consecuencias. Curas y magnates. Niñas y niños.

-¡Ya! -le pareció invencible el fuero de su padre- cada familia infeliz, es infeliz a su propia manera. Me lo sé- dijo temperamental y obsesiva a ese que a punto estuvo de cogerla por la solapa de la blusa y contagiarle de su ritmo vertiginoso y su pasión por la justicia y la corrección, imagen de un capitán que ya quisieran serlo todos-. Todas las familias tienen problemas, pero tú solo tienes una familia -le reprochó Florentina.

Tras ello la hija se pareció a su padre, siéndole lo más terrible el dolor de la incertidumbre, y un feo retrato de arrogancia. Deseosa de llegar a su pisito y ponerse a escribir en su diario sobre su pobre cuerpo dolorido, para su triste alma lacerada, y para su yerto corazón herido en amarga vida fatigada. Algo que había hecho siempre, con textos tan sinceros como prohibidos, del tipo: *“Me gustaría saber si un hombre podría juzgarme negativamente por tener relaciones sexuales en la primera cita”*. Textos que habían evolucionado, y mucho. *“Siempre me ha costado conciliar el sueño, y lo único que me ha ayudado ha sido masturbarme todas las noches antes de acostarme. No estoy segura si debiera llamarlo una adicción”*. Tanto propios como ajenos, que sabía reconocer: *“Parece demasiado cruel decirle la verdad de que su padre simplemente no le quiere, y que por eso no está presente”*, anotó muy afectada, habiendo para tal caso dos infinitos: el que no se acababa, y el que no se acababa nunca.

El marcial sabía leer el pensamiento, y sabía interpretar los silencios y rellenar esos vacíos. Por ello puntualizó, y la ayudó:

-Las personas tienen ganas de contar quiénes son, están deseosas de expresarse. Lo necesitan. Créeme. Y nunca acabes tus juegos en casa ajena - también le tiró-. Uno no sube la montaña para que le vean, sube para ver el

mundo y saberse manejar. Es el orden natural, tanto como que un rey posee su reino hasta que muere.

Florentina supo que debía ir por ahí. Y que lo que olvidaba la gente no lo olvidaba Dios. Esclava de noche, bella de día. Porque siempre fue guapa la pelirroja. Y como monja, atea; no, así como persona, que creía. Siendo el amor no lo que se buscaba, sino lo que se encontraba; y a su padre, por fin, lo había encontrado o le faltaba menos para que ambos se reconocieran el uno al otro. Con la vulnerabilidad como mayor esperanza y excusa para dar con quien perpetró el derrumbe de la catedral y para recuperar al capitán que fue. Ese hombre de labios sinceros que cuando hablaba de sí mismo era menos auténtico, y por eso siempre de la mascarada de la Benemérita. Aunque ningún hombre necesitaba tanto unas vacaciones como ese, que acababa de tenerlas, en un balneario por aquello de los programas termales para la gente de la tercera edad. En Santa Cruz de Mudela, también tierra de pasión por bancos de niebla que se conformasen. Otra de las cosas que le debió prometer a su esposa en el mismo lecho, cayendo ambos a esa sombra del haber sido, amándola y cuidándola con los ojos abiertos, sintiendo la manera en la que su mundo terminaba y llegaba. De los deseos más profundos, a menudo. Desear la muerte de un ser querido que llevaba agonizando días, semanas, años sin solución de continuidad alguna en tal vida. Y de ahí le salía el odio más profundo a Miralles, el capitán. La peor persona del mundo. También de la relación de su hija Florentina con Melgar. Porque había una extraña forma de alejarse de la gente más querida: vivir en la misma ciudad. Miralles, como muchos criminales, tenía una personalidad paranoica; y podía pasarse el día mirando como los buitres de los documentales. Un tipo cuyo acento era mucho

más que una forma de hablar. Y quien con el tiempo se lamentaba de no haber sido menos educado con los cretinos.

Ahora bien, tanto en Villaciruela como en Roma todo tenía un significado distinto. Lugares donde se comía mucha pasta y casquería. Y alcachofas. Los mercados locales estaban repletos en ciertas épocas, combinándolas con el rabo de toro o el estómago estofado, por ejemplo. Y cuando no, alcachofas a la judía, día sí día también. Era la verdura romana por excelencia en tiempos de clero, viviendo los más humildes prácticamente encerrados salvo para trabajar y confesarse. Las anchoas y las berenjenas también hacían de guarnición de la casquería. Pilar alimenticio por antonomasia. Y mucho queso para dar untuosidad a la pasta; cuyo secreto estaba en la proporción, en algo de pimienta y en los buenos animales de los que salía la leche y derivados. El helado de ciruela nunca llegó a triunfar ni a saber a gloria en Villaciruela; en eso Roma les seguía llevando la delantera.

Lo que sí tomó cuerpo fue la réplica de La Estatua de la Libertad. El cura Fulgencio llegó a ser el mejor jefe de obra del mundo. La diosa, su Dama de la Victoria estaba viendo la luz. Villaciruela quería su coloso. Algo icónico. Espiritualidad, orgullo y símbolo nacional. Toda una maravilla tecnológica estadounidense del siglo XIX replicada con ingeniería y materiales del siglo XXI donde practicar el sacramento de la confesión era obligado, salvo para la Diosa verde, innegablemente hermosa, con su cobre repujado virando a esa pátina verde conforme los años y el tiempo le daban su otra forma y color, que ya se notaba. Fulgencio usó también acero inoxidable. Capaz de durar una eternidad, y así evitar la corrosión y tener un menor coste de mantenimiento. Alguien que

nunca quiso ser menos y por eso la altura de doscientos veinte metros, más alta que la original (La Dama de la Libertad neoyorquina).

La mañana del domingo de Pascua de cuando la inauguraron amaneció el cielo despejado, de un rosa pálido y translúcido. El sol, inmenso y anaranjado, pareció despedir a Fulgencio, fallecido dos años antes, enterrado junto a un amasijo de hierros, piedras y tablones, apenas asomando unos centímetros del panteón su buena calma. Quien trabajó mientras otros dormían para poder triunfar. Tumba y monumento que custodiaban unos negros, armados por el Sindicato. Seres que en días se pudrían bajo una inmensa y hedionda capa de agua negra que tardaba en retroceder. Agua negra que lamía las paredes del monumento. Una base cuadrangular inmensa a la que debían ir limpiando, retirándole la basura, repugnante y fétida, para que luciera el coloso y su balaustrada de mármol vigorosa, maniobrando los negros sombríos y desesperanzadores a un lado y otro del enorme edificio. En días se podían encontrar sillas y mesas desparramadas, o documentos oficiales y archivadores reventados. Hasta las papeletas de cuando ir a votar. Y solicitudes rechazadas. Esferas de madera tallada. Letreros descolgados. Marcos de ventanas destrozadas; y las propias vallas corridas y desvencijadas. Camas, cómodas, armarios. Cualquier cosa se amontonaba en las inmediaciones como si un torbellino lo arrastrase allí todo, pútrido, fangoso e inservible por negros y guardiaciviles que lo vigilaran. Hasta la campana del ayuntamiento apareció allí una vez, que repicaron por dos horas para más inri. Avivando el sol las brumas que emergían de esas mismas aguas encenagadas.

Pero de eso y de los charcos negros de agua apestosa no se podía comentar nada, ni confesándose los martes, únicos días en los que no se podía

fumar. Charcos en donde los pocos niños que quedaban leían el mundo, prohibidos los teléfonos y las pantallitas en tal ciudad y provincia, solo disponiendo de una vida, exagerando el ademán de cuadrarse con ciertos mayores.

Putá

Tardaban en irse el Día de todos los Santos, así como el de los Fieles Difuntos. Miralles no daba explicaciones. Daba segundas oportunidades. Y veía siempre lo mejor de alguien, pero una vez que llegaba a su límite no había vuelta atrás. En medio de los vulgares pensamientos y de los mezquinos intereses del dinero, rara vez había otros efectos que la destrucción para ese capitán castrense, siendo presencia del Señor en medio de la soledad, tal que aún estuviera de misión desplegado con el Ejército.

Pasó muchos años en el Líbano, junto al destacamento de Tierra, ahondando en esos cometidos de caras ocultas en donde el Ejército no era solo un uniforme, se soñase o no con una Iglesia sin peajes de buena conducta. Siempre huyó de sobrevivir como jefe yendo en plan coleguita. La banalidad del bien era otra cosa cuando los muertos se contaban a cientos, en días, y a miles, en otros. La falsa bondad de las redes sociales muy poco sabía de eso; sí los capitalismo y los fundamentalismos. Pero como siempre, unas Iglesias y otras, revelaban opiniones diversas a intereses suyos y de varios. Muestra de ello la asamblea general ordinaria del Sínodo de los Obispos en la que se aprobaban cuatro semanas de diálogo sobre el futuro de la Iglesia católica y apostólica romana abordando una amplia gama de temas y desafíos que la Iglesia enfrentaba en su relación con el mundo. Abusos, igualdad de género, adaptación a la cultura digital, la atención a los pobres y los vulnerables, y demás reflexiones aparentando ser una Iglesia cercana a las heridas del mundo, con el beneplácito en todos los párrafos de los padres y madres sinodales. Eso sí, sacando el diaconado femenino a relucir en el signo

de los tiempos, noticia que tapaba las historias de los civiles muertos por los ataques de Israel sobre Gaza, insensibilizando las grandes cifras; sus rostros, sus vidas, edad y oficio. Tanto o más que los atentados que se venían produciendo en Europa y América del Norte, donde mezquitas, catedrales y, paradójicamente, los grandes museos de arte estaban atenazados por una ola de destrucción difícil de parar atendiendo al ordenamiento jurídico preestablecido por las Naciones Unidas. Otra estructura organizacional que se dedicaba a opinar, mayormente; y que sucediera lo que tuviera que suceder, o interesase. También con ponentes expertos en soltar ideas como una ametralladora, inclusive usando palabras en desuso o de nuevas creaciones gramaticales como forma de expresión de todos los pensamientos y ninguno. Eslóganes. En una sociedad de sociedades cada vez menos empática, bajo el mal de la impaciencia y lo significativo de las agitaciones y el auge de la destrucción como mejor solución.

Miralles recordaba en su primer paseo mañanero, cómo en su día ya se habló de una confederación de Israel, Palestina y Jordania como solución maravillosa, filosofando intelectuales, judíos y gentes de izquierdas y derechas legitimados de moral sobre las guerras justas e injustas que se avecinaban. Y de los imperativos por responder a las agresiones terroristas. Y cómo no, del Espíritu Santo y la importancia del discernimiento en comunión, participación y misión. Palabras que el Papa se había encargado de recordar días antes, evitando decisiones apresuradas o unilaterales que pudieran ser perjudiciales para la sinodalidad, fruto de la profundización tecnológica y el ejercicio pastoral llevado a los extremos. El problema era ese, el de tejer vínculos y generar

comunidades bajo el prisma sacramental y ecuménico del: Todos discípulos, todos misioneros.

Habían vuelto los fascismos, o sus parecidos, con dedos enhiestos señalando constantemente. La progresiva degeneración de la especie humana se percibía claramente en que cada vez conseguían los frutos del engaño personas con menos talento. Se habían multiplicado los atropellos, los disparos infortunados, o los que usaban artefactos diabólicos y los hacían estallar. Las concentraciones estaban penalizadas en la Vieja Europa, y no es que fueran más permisivos en otros lares, sencillamente había repudio. Casi que todas las compras se hacían por las plataformas virtuales, menguando muchísimo las conversaciones públicas por el deseo expreso de impermeabilización de las culturas y sociedades, así como por la presencia de disidencias y guerrillas.

Villaciruela estaba al margen de la tecnología, prueba de inteligencia o disuasión y deber de algunos, como el obispo que lo impregnaba todo de una familiaridad íntima y cercana, como si fuera él y no otro quien pronosticara los avances tecnológicos o las crisis medioambientales, sucediéndose las preocupaciones más cotidianas: el trabajo, la amistad, las relaciones paternofiliales, la pareja, los hijos, el *domus*, la casa. Párroco aburguesado con cierto sentimiento de culpa, tal que reprochase los privilegios que le daba la Iglesia y, sin embargo, no cansándose de conducir los sentimientos y las emociones de quienes siendo amigos o personas deslavazadas, acudían al mismo en lugar de hablarle a los gresites del suelo con un profundo sentimiento de pérdida, desesperanza e incertidumbre.

La profecía se había cumplido. El mundo virtual y el analógico habían confluído de más. Las políticas como tal habían ido desapareciendo, volviendo

a los formatos tradicionales. El mito redentorista de ser más libres, abiertos, guapos y capaces había fracasado. Cada mañana los ejércitos actualizaban su parte de bajas. También anunciaban sus cohetes, silos, campos de entrenamiento y nombraban a los cabecillas de las milicias. La gente ya no se sabía el nombre de los famosillos, ni de jueces o políticos intrusos, o del presidente de su comunidad de vecinos. Lo que se hacía público eran listas de devastaciones y más y más objetivos en una especie de liturgia para terminar de confundir del todo a las gentes y a los gobiernos, en nada accesibles. Se llevaba una década sin elecciones algunas. Todo era discrecional en esas esferas del dinero y del poder. Los obispos (y sus miradas enérgicas y distantes) presidían las misas dominicales desde sus basílicas acompañados de participantes elegidos expresamente, personas llamadas a soñar, servidores de los pontificados, fueran cuales fueran las Iglesias; y de militares. Ya no se hablaba de homosexualidad, ni de trabas para los discapacitados. Las moscas se cazaban con miel, no con vinagre. El puerto de misericordia seguía siendo el acceso de la mujer a los altos cargos, pontificados incluidos. Mujeres centradas en la oración y en la caridad, capaces de salir con ternura al encuentro de los más pobres y, al tiempo, con o sin homilías algunas, lavarles los pies a otros y matarlos en un santiamén. Pecados graves que corroían la fraternidad y devastaban a las sociedades, sobre todo a la europea, que apenas tenía más lágrimas, aplastada bajo su propia catequesis, misa y diálogo vacío por tantísimos años de esconderse en normativas sobre más normativas y amiguismos, harapos y grilletes forzando distancias al defender un altruismo ineficaz y tantísimas paguillas por no trabajar y sí tener que ir a votar. Los inversores habían tomado la palabra, sobre todo para sus intereses

pecuniarios, alejados de las virtudes morales y las presencias. Cada vez más ambiciosos y avariciosos, absolutamente intolerantes. El vaciamiento de ciertas ideologías tuvo mucho que ver con esa praxis.

Las abejas eran los únicos seres que no mentían, cobrando los soldados por luchar, testigos de un tiempo incierto. Quejándose muchos sacerdotes de soledad, y de que el mundo estaba muy secularizado. Con la drogadicción, en la narcodemocracia española, siendo verdaderamente transversal. Y esa hambre del luchar unas gentes contra otras, además del asfixiante humo de los neumáticos quemándose por las carreteras, cortándolas, a poco que las fuerzas del orden se descuidaban. Ingeriendo chocolate negro por las noches quienes se lo podían permitir, o antes de darse a la escritura como acto de olvido. Por la complejidad de las cosas, las cosas dentro de las cosas, más allá de descubrir la verdad, con la urgente necesidad de expresar esa verdad con palabras de puño y letra, o confesándose en el mundo real que les tocaba vivir. Escritura que se movía en las aguas de la memoria, de la pérdida y del amor. Una especialidad casi divina, moviéndose entre dos presentes con franqueza, en esa vida doméstica del casi que sentirse culpable. Chocolate y diarios, principales medidas de prevención del suicidio en tal cohesión social, obligada.

España tenía la Guardia Civil. Estructura que irradiaba un aura de bondad desde sus más bajos rangos (pasando por los alféreces, tenientes, capitanes, comandantes, tenientes coronel, y coroneles) a la organización periférica constituida por las unidades territoriales (zonas, comandancias, compañías y puestos). Justamente, en la Comandancia de la Guardia Civil de Villaciruela habían sabido proyectar la concepción de la soledad con un tratamiento constructivo y positivo de superación. Siempre fueron

profesionales, cuidándose muy mucho de las manifestaciones que pudieran afectar negativamente a la imagen y al honor de su causa. Y no por ello las heridas desaparecían, en absoluto. Protegieron su cordura, cubrieron las cicatrices e intentaron disminuir el dolor haciendo el bien por sus hijos. Fueron de las pocas comandancias que no acabaron masacradas por inocentes confundidos y sus fundamentalismos e intentos varios de crímenes. Ni idolatraban, ni odiaban. Los martes les leían textos de tiranos y asesinos, quienes por un tiempo parecieron invencibles, pero de los que al final cayeron. Lo hacían, porque la verdadera tragedia de los hombres sucedía cuando tenían miedo a la luz, por ello que se seguían relacionando como si nada, como si nadie, como si todo, en su cantina y demás zonas comunes. Y tenían orden de disparar si alguien se ponía violento, cubriendo esa impotencia y secreto a voces de la pérdida del sentido de la privacidad. Usar su miedo cada día les hacía más valerosos y temidos. Y eso que todos los secretos se les volvían oscuros y profundos en tal naturaleza encendida. Sus vidas se habían construido sobre la muerte de otros, y así debía de ser. No podía haber bien sin mal. Experimentaban ideas suicidas sobre todo porque experimentaban dolor social, luego necesitaban la compasión, escucha y apoyo real de los capellanes o de quien fuera o fuese. Contacto humano que fortalecía, capaz de compensar los sufrimientos. Uniforme que unía, y que a la par aumentaba la incomprensión y el aislamiento. Personas importantes por quienes eran, los guardiaciviles. Con su angustia, indefensión y desesperanza. Personas sin hogar que también echaban mano de la población migrante como aliado, y que les enseñasen a vivir, protegiéndose.

Después de todo, debían aceptar el rostro de las realidades que les invadían. Bien es cierto que algunos estaban locos y que otros eran imbéciles, que también había desigualdad, y mucha, en el Cuerpo. En el caminar conjunto se sabía de quién era siervo cada cual. Nada era más fácil que denunciar al malhechor, y nada más difícil que entenderlo. Los primeros días, semanas y meses hubo tiros por doquier. Mermaron las unidades a raudales hasta que llegó esa especie de aceptación incondicional persistiendo la concepción de que los malos eran otros, quizás por eso los medio profetas de los capellanes castrenses, quienes a empujones y modestos impulsos se fueron ganando a cada hombre, y después a cada mujer de los suyos. Familias varias desde donde se tomaban las verdaderas decisiones, bajo la inexistencia de principios y finales, yendo de la mano con el énfasis del poder y sus listas de recuerdos significativos.

Las ancianas se les arrodillaban a los curas, de uniforme o no, que supieron amparar a la religión y al efecto represor de la misma, introducida de manera sublime desde tantísimos años atrás, políticas aparte. El borde de esas cosas siempre fue atractivo para Miralles, siempre de paisano y con sus contradicciones del alma. Su hija Florentina quería reproducir con más claridad los tonos de su voz, ahora bien, estaban enfrentados desde el mismo momento en el que ella abandonó los hábitos, acusando a las personas reales de estar repletas de seres imaginarios, egos y ese intento de comprender la verdad. Su pasión por el Señor jamás tuvo algo de clandestino, algo transgresor o algo perverso. Fue cabal al intentar hacerse monja, y su inocencia le pasó factura. Para ella, en el fondo, todas las monjas tenían la misma edad. Y no podía creer

en un Dios al cual comprendiera, prefiriendo las personas confesar los pecados de los demás a los suyos propios.

-En un mundo loco siempre parece más sencillo obedecer -le explicó a su padre- en el convento no elegimos nuestras preocupaciones. Eso no es amor. Usted, padre, podrá saber lo que dijo, pero nunca lo que el otro escuchó.

-Déjate de sermones estúpidos -le reprochó él- ¡Fíate tú de la vida! Una mentira tiene velocidad, pero la verdad tiene resistencia. Se gana en monedas y se pierde en billetes, sargento.

Ella jamás pudo soportar que no le perdonase. Le hubiera sido más fácil convencer al capitán de que un gato negro traía buena suerte, y escapar de ese desierto de silencio. También que dejase las dalias y los geranios de su madre en paz, y que no las pisotease cada vez que se tragaba la improbabilidad de Dios, endemoniado.

La meditación al andar ayudaba. Un ejercicio de atención plena en el acto de caminar. Era de lo poco accesible y fácil de poner en práctica en Villaciruela, fortificada. Miralles sincronizaba los pasos, la respiración y la mente. Entrenaba la vista, el tacto y el oído. Caminar le era placentero. Bastaba con hacerlo de forma consciente, despacio y respirando en sincronía con el paso. La repetición de una frase le ayudaba. La serenidad le era simplemente seguir el camino diciéndose: *Hijo de puta*. Jamás tuvo arrestos como para pegarse un tiro en la sien, y dejar de enfrentarse a la inquieta alternativa del miedo o la esperanza. Sincronizar los pasos con la meditación era su marcha afgana, en una proporción de tres a uno, y tres a uno. Inhalando por la nariz en tres pasos, para en el cuarto retener el aire en los pulmones, exhalando en los siguientes tres pasos, manteniendo los pulmones vacíos en el

cuarto. Los que precisaban de más físico lo reducían a dos para inhalar y dos para exhalar, como su hija cuando se preparaba para la escalada modificando la intensidad, favoreciendo con ello el metabolismo basal y la eliminación de las toxinas, reequilibrando la postura corporal.

En un mundo de apariencias en el que se crio, y de mandatos, salir de uno mismo y concentrarse en algo bello o se lo ordenaban o no sería capaz nunca, exhalando obstinadamente. Pero lo intentaba más allá de toda certeza reforzando su sintonía y equilibrio. Disparar lo hacía cuando los pensamientos rumiantes y las preocupaciones excesivas le provocaban tal cansancio físico que debía liberar presión. Por eso Miralles y los demás párrocos también se confesaban los martes sí o sí o no saldrían de esas cavilaciones y ansiedad anticipatoria e inutilidad del sufrimiento. Ni ellos ni los restantes pecadores. Dar confesión en ese estado de alerta era sumamente necesario y a la par contraproducente para quienes lo ejercían como oficio. Generaba tal irritabilidad lo que se escuchaba y sentía que algunos sacerdotes se desplomaban con tales emociones y vicisitudes. Otros huían. Los sistemas de confesión de forma automática estaban, pero algo fallaba porque el sistema nervioso de las personas, y dentro de ese, el simpático, acababa tensionando de más a las personas y literalmente salían agotados de esos minutos, elevándoles el cortisol afectándoles al sueño y al sistema inmunológico. Para enfriar las emociones extremas estaban las personas, no las máquinas y la inteligencia artificial, evitando darles vueltas a hechos ya pasados. La distancia no era el problema, sino que los humanos no sabían amar sin tocar, sin ver o sin escuchar; que el amor se sintiera con el corazón y con el cuerpo no se podía reprogramar.

-Cuando aparezcan esos pensamientos es importante seguir con nuestra actividad -les solía decir Miralles, sobre todo a las semillas pequeñas cargadas de futuro, confiando en el Espíritu Santo y en la colaboración de todos para el bien del mundo-. Pensar y confesar es el trabajo más difícil que existe, tal vez por ello tan pocos lo hacen.

“Escuchar a todos y abordar los abusos” decía la Escuela de Pensamiento. La importancia de escuchar a todas las voces sería la penitencia que les pondría a los de la Iglesia sinodal de poder hacerlo. Claro que, para eso, primero tendrían que readmitirlo oficialmente. En Villaciruela no es que hubiera muchos como él, pero algunos había. Personas de aquellas que otrora época supieron y pudieron disfrutar de la vida, hubiera o no difuntos, degustando castañas asadas y los dulces de huesos de santo, con visitas o recuerdos hacia los que habitaban en los camposantos o similares, y no por ello de obediencia ciega, que sí profesionales. Gentes que vieron venir el fin, de los que avisaron, y a los que medio que apartaron y cerraron la boca. La rapiña, los saqueos, el desabasto abundaba fuera de las fortificaciones. Aunque las escenas de la vida conyugal, los sentimientos primarios, en pareja no habían cambiado mucho. Con días malos, y días mejores. Asideros, ambos, para continuar. Pues el desierto tampoco era amable con los humanos. El ochenta por ciento de la superficie terrestre era prácticamente inhóspita tras el monocultivo del maíz, el petardazo de los cultivos leñosos superintensivos, y la pérdida del canto de las aves. La apertura del mar Ártico a todos los efectos lo precipitó todo. Y aquello de las nuevas fibras textiles. Que a las cinco de la tarde fuera plena noche en todo el globo terráqueo ayudó bien poco, dando lugar a todo tipo de leyendas y siniestros varios. Al crepúsculo, apenas los

mochuelos estremecían las naturalezas, más los chirridos desgarrados de las lechuzas (aves capaces de imitar la profunda respiración humana). Después, la profusión constante de tantísimos contenidos hasta la pérdida casi total de las audiencias, por ello que la industria del entretenimiento claudicase, no cediendo al chantaje el cine, de lo poco que no se le olvidó a la gente por completo, por más que hubiera o hubiese mucho miedo por sacar los pies del tiesto. Cine clásico, en blanco y negro. De antes. Es lo que se permitía ver los martes en Villaciruela, después de haberse confesado. A lo que contribuyó que se dejasen de leer los periódicos en tantísimas denuncias públicas de las injusticias, y las estrictas reglas morales. Misión y fraternidad para unos, y clericalismo y machismo para otros, dado que la sociedad imperante siempre estuvo marcada allende los mares. Canciones de otoño que los centinelas vigilaban. Así como los Hermanos Gárate y los Maristas, muy especialmente en Villaciruela (tenían los mejores edificios en su poder), tierra de credo y vidas.

Entre los muertos hubo profesores, médicos, estudiantes, vendedores, desempleados, poetas y activistas, hermanos, primos, padres. Todo lo indiscriminado que se pudo ser, sucedió un gran número de veces, quedándose el primer mundo rápidamente sin agua, medicinas, combustible y electricidad, debiendo algunos niños ya mayores descubrir las letrinas comunes, prueba irrefutable de crímenes de guerra y lesa humanidad, hasta ir esmaltando un poco esa amarronada realidad, supervivientes, con casas bombardeadas repentinamente, sin previo aviso (partes de cuerpos simplemente arrojadas al suelo, y muchas personas bajo los escombros; hermanas reunidas, familias abrazadas en la morgue). Algo más de la mitad de la población mundial pereció, incluidos trabajadores de organizaciones no

gubernamentales. El jefe de la ONU (Organización de las Naciones Unidas) para los asuntos humanitarios ni compareció en tal responsabilidad colectiva, catástrofe, desplegándose los buques en los mares con misiles de largo alcance, usando los poderosos sistemas de computación dando lugar a ese cambio en la composición de la estructura terráquea, subyugando pueblos, congestionándose los centros de refugiados y de primera acogida. De lo cual, poco o nada aprendieron los israelitas, palestinos, o cualesquiera de allí sufriendo de más las religiones o los credos, y la falta de una tierra propia. Ni la telemedicina más avanzada podía adentrarse en esa tierra de muerte; menos aún los servicios informativos. El colapso de los transportes se adivinaba con las muertes civiles yendo cada día a más, sin tregua ni alto el fuego permanente que detuviese esas paranoias y miedos, celebrándose cultos y catequesis de enseñanzas tremendistas. Lo que siempre criticó el capitán Miralles, medio militar, medio sacerdote.

-Es estar para lo bueno y para lo malo -le explicaron al verle con la mirada diferente, identificando esa personalidad, siendo ese muy joven, ni teniente por entonces.

Nunca había visto tantos grupos de niños huyendo. Dudó de su incorporación al SARFAS (Servicio de Asistencia Religiosa a las Fuerzas Armadas). Miralles ingresó ya siendo sacerdote, haciendo una oposición, pasando con nota los exámenes médicos, psicológicos, de teología y de legislación castrense. Ganándose su plaza de vacante de capellán temporal, dando el primer servicio por ocho años, hasta opositar a la vacante de permanente. Sempere y Melgar casi que, del mismo modo, ingresando en el seminario castrense donde estudiaron, ordenándose sacerdote y luego

opositando al SARFAS, que dependía del Ministerio de Defensa. Los tres coincidieron en el Líbano, con los militares y los añadidos. Sevilla, Valladolid, Intxaurreondo (San Sebastián). Atender todas las profecías, las malas suertes y el Regimiento de Infantería del Ejército de Tierra, hasta la Comandancia de la Guardia Civil. Lo de servir en Tierra Santa bajo las Naciones Unidas, que no la OTAN (Organización del Tratado Atlántico Norte), con diecisiete tipos de confesiones religiosas y todas sus resonancias sí que fue roce. Allí aprendieron a masticar los caramelos, del miedo a morir, que no solo el hielo de los refrescos como curas que eran y fueron. Época en la que entabló relación con los maronitas, católicos de otro rito, y demás líderes religiosos, tanto musulmanes como cristianos. Fue donde supo realmente del Evangelio, de las comarcas libanesas de Tiro y Sidón, del monte de Hermón y la Transfiguración del Señor. Del lago de Galilea. De la impostada o no Cesarea de Filipo, donde la confesión de Pedro. Alicientes como para estar en silencio a sabiendas que todos los ríos vertían al río Jordán. Tiempos en los que simplemente fue militar y participó, junto a la brigada paracaidista, abierto a lo que Dios en cada momento quiso para sí mismo.

Fue en España cuando supo de la otra dimensión pastoral. En el Líbano y su sagrado equilibrio estuvo con ortodoxos y peregrinos de toda condición, no solo militares, sino con población civil. Esa fue la gracia, la enseñanza. No pudiéndose ir de misiones todos los días, estando todo lo bien que uno podía estar, invisibilizando las propias mentiras. Muy sensorial, interesándole los gestos, la forma de mirar y su providencia, la manera de reír, el timbre de la voz. Estando solo en la vida, pero acompañado. Contando cada uno su verdad, aprendiendo a distinguirse, pudorosos y canallas todos si había de serlo.

Sempere y Melgar compartieron el mismo dolor porque amaron a la misma persona, añorando Sempere lo que jamás sucedió. Replicados, enclenques. Amando lo que hacían, haciendo lo que amaban. Vida e identidad. Tosquedad, cultura e incultura. Entregándose a los dioses de las tinieblas, contentos y amargados en un siglo XXI de maldad insolente y de repliegues. Donde la perfección humana y la historia mayor de la humanidad. Terrible e inmoral para la mayoría de la gente, cuyo problema consistió en ser amado, y no en amar. Imposturas del retrato más lúcido y corrosivo, sin remedio. En aquellas profundas libertades de las noches hasta el colapso de los aeropuertos, y dar con los cuerpos mudados, cuerpos sin hogar. Dormidos en ese enero roto, el mismo en el que su esposa falleció. La mujer que tenía la mirada más bonita a la que le había hecho el amor. Tan blanda por fuera que se diría toda de algodón, sabiendo acariciarle tibiamente, con un cascabeleo ideal y la cristalina gotita de miel de cada mañana en el café. Y cuando llevar pantalones era cosa de divorciadas o de modernas, como antaño.

Odió mucho a España, que no fue la peor manera de ser español, habiendo otras ajedreces y juegos de la eternidad con armas varias y complexiones de todo tipo, niñas incluidas, de días cortos y largas noches. Cosas, no palabras. Mientras el corazón tuviera deseo.

-Nada de lo que sucede se olvida, incluso si ya no lo recuerda. Piense - indicaba Miralles a quienes decían no tener pecados, ya con una edad. Débiles, inmorales y embusteros. -Los pensamientos nunca son honestos, las emociones sí. El ochenta por ciento de los problemas de salud no los puede solucionar un médico, sino la familia, el trabajo, la vivienda, un paseo... dígame.

Inferir en esos octubres o noviembre que no se terminaban de ir del todo era su especialidad. Avezado, Miralles los resituaba sin perder el orden, ocultándoles cómo calmaba el ardor del deseo, por hermosa que hubiera sido su esposa, dado que la condición humana no podía vencer a la soledad del infructuoso retorno por más que se rezase o se pidiese a Dios y su Madre tal milagro. No habiendo una perspectiva real de que se cumpliera, fumando los días en los que se podía fumar, añorándola. Para ese capitán y los demás hombres, la felicidad era el sonido de su voz cuando llamaban o tatareaban el nombre de sus esposas fallecidas. Algo prohibido, y algo necesario. Un género sinfónico, fallido y ambicioso. De cuyos excesos sufrían los restantes descendientes, agonizando casi tanto o más.

Sin embargo, con Griselda no se daba a hablar sobre la deshumanización de los palestinos por parte de la sociedad israelí ni cosas parecidas. Todos tenían un cupo de hostias en la vida. Hostias de pegar. La pianista era su veleta, su boxeadora, su amor desnortado. Atrás dejaban los años de oscuridad, de alcoholismo y de autodestrucción. Como hombre podría ser destruido, que no derrotado. Con ella no necesitaba ningún símbolo de estatus. Mantenía su perfil bajo, y esa rara humildad e idea de servir a todos, sobre todo a las personas con poco dinero. Curiosamente, eran las mujeres las que seguían decidiendo casi todo en el hogar, porque la vida era una mínima parte lo que sucedía. En tales encuentros de los martes ambos eran un poco más libres y quedaban un poco más satisfechos. Sentían ese veneno tan peligroso de la atracción, aunque hubiera veintisiete años de diferencia de edad entre él y ella. Guapísima cuando se desnudaba; de rutinas simples para mayor

impacto. Su extranjera. La inmigrante con la que alejarse del ruido del tiempo, porque las prisas simplificaban la realidad y las soluciones.

-Calma, es martes -le gustaba decirle ella tal día, acogiéndose.

En tiempos, Villaciruela fue conocida como la ciudad de las putas. Algunos todavía albergaban sonrisas de recuerdo. Si bien, una luna de medio otoño, y que la vida fuera a cada latido las desplazó en suma a Madrid, donde acariciar el alma por mayor precio y en apenas unos minutos, robándose la juventud unos a otros en ese país de muerte en el que se había convertido España.

-Cuando debas disparar hazlo. No pienses -de siempre le enseñó Miralles a Griselda, la que jamás le obedeció ni obedecía en tal sentido.

Y eso que hasta llegó a usar a su buen amigo Sempere, que una vez intentó violarla. Pero ni con esas la pianista y puta inmigrante apretó el gatillo. José Mauro, el obispo sí que se le cepilló una vez. Era de los pocos que podían atravesar un tornado y salir ileso, sin ni despeinarse. Un obispo que no le daba a nadie la satisfacción de verle suplicar. Un sacerdote tranquilo que bullía por dentro; simpático, viajado y poco de fiar, luciendo en la mano izquierda una alianza de buen oro.

-Estás muchísimo mejor. La gente celebra mucho la delgadez. Sigue así, cada día es un árbol que cae -fue lo que le dedicó a Griselda mientras se subía los pantalones, aquella única vez. Un tipo que tenía dos guantazos, como poco; educado o más bien hecho hombre en la serenísima tiranía de la mediocridad.